


Prácticas de violencia

Christian Gudehus

Ruhr Universität Bochum

Bochum, Alemania

christian.gudehus@rub.de

 <https://orcid.org/0000-0003-0408-7839>

Resumen

Este artículo examina las posibilidades que ofrece un enfoque praxeológico para el estudio de la violencia colectiva. Se argumenta que la violencia no debe entenderse como una función de constelaciones históricas específicas, el resultado de deformaciones individuales, ni como una mera consecuencia de dinámicas sociales. En su lugar, resulta fundamental comparar culturas a lo largo de las dimensiones de tiempo y espacio en relación con la generación, persistencia, apropiación y, eventualmente, el abandono o la renuncia a ciertas prácticas.

Palabras clave

Praxeología, Violencia colectiva, Esclavitudes, Tortura

Abstract

This paper explores the potential of a praxeological approach to the study of collective violence. Consequently, violence is neither to be understood as a function of specific historical constellations or as a result of individual deformation nor as a consequence of social dynamics. Instead, it is of interest to compare cultures along the dimensions of time and space concerned with the generation, existence, appropriation, and perhaps the opting out from—or of—practices.

Keywords

Praxeology, Collective violence, Slaveries, Torture

Fecha de recepción: 11/7/2024/ Fecha de aprobación: 2/9/2024

Cómo citar / How to cite: Gudehus, Christian (2024). "Prácticas de violencia". *Revista de Estudios sobre Genocidio*, número 19, 2024.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional

Introducción

La violencia perpetrada por seres humanos es un fenómeno omnipresente. El concepto de violencia se expande constantemente, abarcando una amplia gama de acontecimientos y relaciones diversas. Guerras, genocidios, esclavitud y tortura son componentes de este fenómeno, al igual que la matanza masiva de animales, la destrucción de sitios culturales y formas cotidianas de violencia como el acoso o los insultos. Los enfoques para explicar la génesis y participación en estas diversas formas de violencia son variados. En términos generales, se pueden identificar dos enfoques globales. Por un lado, algunos estudios se centran en las circunstancias y constelaciones que facilitan y producen la violencia, enfoque que se asocia particularmente con disciplinas como la historia, la ciencia política y la sociología. Por otro lado, se investigan los motivos y motivaciones de los denominados perpetradores de la violencia, es decir, el impulso individual a participar en la violencia colectiva.

Diversos enfoques psicológicos, sociopsicológicos, etnológicos, sociológicos e históricos han abordado estas cuestiones desde distintas perspectivas, que, a su vez, presentan numerosas interconexiones. Sin embargo, la reconstrucción del comportamiento individual se apoya en tres pilares fundamentales:

- 1) la persona,
- 2) la situación y
- 3) el encuadre.

Aspectos como la predisposición, los prejuicios, las disposiciones genéticas, la socialización, la autoestima, entre otros, se analizan en relación con la persona. No obstante, desde una perspectiva psicológica, el énfasis recae más en la agresión (como potencial) que puede ser inhibida o reforzada, en lugar de en la violencia (como acto concreto)¹. Los aspectos situacionales han sido principalmente investigados en entornos experimentales. Muchas publicaciones siguen refiriéndose a estudios realizados a mediados del siglo XX, especialmente en Estados Unidos. A pesar de sus diferencias cualitativas, el experimento de Milgram y el controvertido Experimento de la Prisión de Stanford gozan de especial popularidad. Su notoriedad se debe a un mensaje claro: las personas no actúan guiadas por creencias, sino que reaccionan a las exigencias de la situación. Los enfoques microsociológicos también se centran en los propios eventos, como en los análisis de linchamientos o enfrentamientos entre la policía y manifestantes². En los países de habla alemana, existe además una tradición sociológica de carácter fenomenológico que promueve explícitamente enfoques etnográficos como la descripción densa como método³. El encuadre se refiere a la proximidad social, las constelaciones político-históricas y la preformación del espacio de acción individual, tal como se recoge en conceptos teórico-sociales de experiencias

¹ Thomas Elbert, Roland Weierstall, y Maggie Schauer, "Fascination Violence. On Mind and Brain of Man Hunters", en *European Archives of Psychiatry and Clinical Neuroscience*, 260, 2, 2010.

² Randall Collins, *Violence. A Micro-Sociological Theory*, Princeton, Princeton University Press, 2008.

³ Trutz von Trotha, "Zur Soziologie der Gewalt", en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 37, 1997.

sedimentadas. Estos últimos se reflejan en nociones como *habitus*, figuración, normas sociales o modelos mentales⁴.

Diversos intentos de amplio alcance han buscado integrar algunos de estos modelos explicativos en una teoría comprensiva de la violencia colectiva. Además de las ciencias sociales y sus disciplinas limítrofes, como la psicología, se han incorporado la neurociencia y la genética en estos esfuerzos.⁵ No obstante, esto representa solo una fracción mínima de la vasta y casi inabarcable literatura dedicada a comprender y explicar la violencia.

Por lo tanto, resulta aún más sorprendente que enfoques capaces de abordar la violencia desde perspectivas alternativas a las mencionadas hayan recibido tan poca atención hasta la fecha. Esto es especialmente pertinente en el caso de una corriente de la teoría social que ha ganado relevancia en las últimas dos décadas: la teoría de la práctica o praxeología. Bajo el concepto de teoría de la práctica, se sostiene que no son exclusivamente las personas (o sus genes) ni las circunstancias sociales (o situacionales) las que desencadenan un comportamiento específico. Más bien, el comportamiento o la acción se fundamentan en prácticas disponibles para su ejecución, prácticas que pueden ser apropiadas por los actores humanos y que, a su vez, los guían. En el contexto de la violencia colectiva, estas prácticas se refieren a métodos de *control violento y coerción*, entre los que se cuentan el terror (no el terrorismo) y la tortura, así como los espacios físicos, como los campos de concentración, donde se actualizan las prácticas de tortura. También se consideran formas complejas o conjuntos de prácticas, como las guerras, que pueden ser entendidas como un fenómeno integral en el que se aplican rutinas de acción aprendidas durante el entrenamiento. Casos como los campos de concentración y las guerras también ilustran un aspecto central de los enfoques praxeológicos, ya que permiten dilucidar el papel de los artefactos (como instrumentos de tortura, armas de mano, y equipos de guerra) en el desencadenamiento y la configuración de la acción.

Aunque los enfoques praxeológicos han sido en ocasiones aplicados en la investigación sobre la violencia, como en el estudio de las comunidades fascistas o en relación con la violencia en los campos nacionalsocialistas⁶, una investigación orientada praxeológicamente debería situar estas prácticas en el centro del análisis. A largo plazo,

⁴ Christian Gudehus, "On the Significance of the Past for Present and Future Action", en Gerd Sebald y Jatin Wagle (eds.), *Theorizing Social Memories. Concepts and Contexts*, Londres y Nueva York, Routledge, 2016; Jürgen Straub, "Verletzungsverhältnisse. Erlebnisgründe, unbewusste Tradierungen und Gewalt in der sozialen Praxis", en *Zeitschrift für Pädagogik*, 60, 1, 2014.

⁵ James Waller, *Becoming Evil: How Ordinary People Commit Genocide and Mass Killing*, 2nd ed., Oxford, Oxford University Press, 2007; Robert Sapolsky, *Compórtate, la biología que hay detrás de nuestros mejores y peores comportamientos*, Capitán Swing, 2019.

⁶ Marc Buggeln, *Arbeit & Gewalt: das Aussenlagersystem des KZ Neuengamme*, Göttingen, Wallstein, 2009; Sven Reichardt, *Faschistische Kampfbünde: Gewalt und Gemeinschaft im italienischen Squadristum und in der deutschen SA*, Köln, Weimar, Wien, Böhlau Verlag, 2002; Sven Reichardt, "Praxeologie und Faschismus. Gewalt und Gemeinschaft als Elemente eines praxeologischen Faschismusbegriffs", en Karl H. Hörning y Julia Reuter (eds.), *Doing Culture – Neue Positionen zum Verhältnis von Kultur und sozialer Praxis*, Bielefeld, transcripción, 2004; Sven Reichardt, "Praxeologische Geschichtswissenschaft. Eine Diskussionsanregung", en *Sozial.Geschichte*, 22, 3, 2007.

el objetivo es el de *examinar un conjunto de prácticas de control y coerción violenta desde una perspectiva histórica y regional comparativa*. Este enfoque no solo se ancla en la investigación interdisciplinaria de la violencia, sino que representa una prueba empírica de los supuestos teórico-prácticos. Al investigar las prácticas de violencia en contextos culturales diversos desde una perspectiva histórica y regional, se busca explorar el potencial de un enfoque explicativo alternativo (aunque no exclusivo) sobre la transmisión de formas de control y coerción violenta, algunas de las cuales han persistido a lo largo de siglos, e incluso milenios. Conceptualmente, esto requiere una ampliación o revisión de lo que se entiende por práctica.

Como se ha mencionado, los campos de concentración y las guerras son ejemplos de lugares donde se actualizan diversas prácticas, constituyendo estos espacios un aglutinante de múltiples prácticas violentas.

¿Qué son las prácticas?

“No existe una teoría unificada de la práctica;
se trata de un conjunto de enfoques teóricos relacionados”⁷

En muchas publicaciones, los términos *práctica* y *praxis* se emplean como sinónimos. Sin embargo, también se observan distinciones, como cuando se contraponen *la práctica* (la forma o el patrón) a *la praxis* (la actuación).⁸ En contraposición a esto, Stefan Hirschauer propone utilizar *praxis* como un término genérico que engloba tres tipos de construcciones de significado: actividades (significado interactivo), acción (significado subjetivo) y prácticas (significado colectivo).⁹ Aunque esta diferenciación puede resultar útil desde un punto de vista heurístico, su aplicación en el contexto de la investigación pragmática presenta dificultades significativas, ya que exigiría definir el significado pretendido en cada enunciado, incluida la referencia a la bibliografía.

“Las prácticas existen como conjuntos de normas, convenciones, modos de hacer, conocimientos técnicos y artefactos materiales necesarios”¹⁰. Conceptualmente, a menudo se distingue entre las prácticas entendidas como entidades y las prácticas como actuaciones¹¹. Esta distinción genera un debate sobre la relación entre la capacidad de las prácticas para configurar y guiar la actuación y su apropiación idiosincrásica por parte de los individuos¹². Por un lado, se puede argumentar que las prácticas prefiguran opciones para la acción, como sucede con los marcos, el *habitus*, la figuración y las

⁷ Jonathan Everts y Susann Schäfer, „Praktiken und Raum“, en Susann Schäfer y Jonathan Everts (eds.), *Handbuch Praktiken und Raum. Humangeographie nach dem Practice Turn*, Bielefeld, transcripción, 2019, p. 9, cita trad. por CG.

⁸ Thomas Alkemeyer, Nikolaus Buschmann, y Matthias Michaeler, “Kritik der Praxis. Plädoyer für eine subjektivierungstheoretische Erweiterung der Praxistheorien”, en Thomas Alkemeyer, Volker Schürmann, y Jörg Volbers (eds.), *Praxis denken: Konzepte und Kritik*, Wiesbaden, Springer VS, 2015, p. 27.

⁹ Stefan Hirschauer, „Verhalten, Handeln, Interagieren. Zu den mikrosoziologischen Grundlagen der Praxistheorie“, en Hilmar Schäfer (ed.), *Praxistheorie: ein soziologisches Forschungsprogramm*, Bielefeld, transcripción, 2016, p. 51.

¹⁰ Elizabeth Shove y Mika Pantzar, “Recruitment and Reproduction. The Careers and Carriers of Digital Photography and Floorball”, en *Human Affairs*, 17, 2, 2007, p. 155.

¹¹ *Ibid.*, p. 166.

¹² Thomas Alkemeyer, Nikolaus Buschmann, y Matthias Michaeler, op. cit.

normas sociales¹³. Por otro lado, es la actividad humana la que sostiene, varía o deja desvanecerse estas opciones. De esta manera, una afirmación dentro de la teoría de las prácticas sostiene que “en una cara de la moneda, los practicantes están atrapados por las prácticas; en la otra, las prácticas se definen y constituyen a través de la participación”¹⁴.

En la teoría de las prácticas, la acción humana se presenta como un proceso de interpretación, apropiación y, en última instancia, constitución de la realidad. Estos enfoques buscan trascender las teorías convencionales de la acción, enfatizando radicalmente la práctica como el lugar donde se manifiesta lo social¹⁵. Así, se relativiza la relevancia de las ideas, actitudes y reflexiones que preceden a las decisiones intencionales de actuar. En cambio, la propia práctica, entendida más allá de los individuos que la ejecutan y de las sociedades que la generan, se convierte en el objeto central de análisis.¹⁶ Por ende, las prácticas son supraindividuales, ya que de otro modo serían meras acciones.¹⁷ Como sostiene Hirschauer, “la acción es todo segmento de una práctica que es realizado por un cuerpo”¹⁸.

En lo que respecta a la violencia, esto significa que su ejecución no se investiga en función de determinadas condiciones, sino como una apropiación creativa de prácticas ya existentes, en este caso, las de la opresión y el control. Su actuación se convierte en una rutina, un elemento natural y formativo de la socialidad investigada. En consecuencia, en el caso de las ligas de combate fascistas (en alemán: *Kampfbünde*), se ha descubierto que su cohesión se generaba a través de la participación activa en actos de violencia¹⁹. Una argumentación similar se aplica a la *Volksgemeinschaft* nacionalsocialista (aunque no se hace referencia explícita a la teoría de la práctica), que era mucho más que un concepto ideológico, ya que se creaba de manera continua y performativa, especialmente a través de actos violentos de intensidad variable²⁰. Así, el objeto de investigación deja de ser una acción concreta para centrarse en prácticas

¹³ Christian Gudehus, op. cit.

¹⁴ Elizabeth Shove y Mika Pantzar, op. cit., p. 156.

¹⁵ Andreas Reckwitz, “Grundelemente einer Theorie sozialer Praktiken: Eine sozialtheoretische Perspektive”, en *Zeitschrift für Soziologie*, 32, 4, 2003, p. 289; Gregor Bongaerts, “Soziale Praxis und Verhalten – Überlegungen zum Practice Turn in Social Theory”, en *Zeitschrift für Soziologie*, 36, 4, 2007; Ingo Schulz-Schaeffer, “Praxis, handlungstheoretisch betrachtet”, en *Zeitschrift für Soziologie*, 39, 4, 2010.

¹⁶ Andreas Reckwitz, “Toward a Theory of Social Practices. A Development in Culturalist Theorizing”, en *European Journal of Social Theory*, 5, 2, 2002; Karl H. Hörning, „Soziale Praxis zwischen Beharrung und Neuschöpfung. Ein Erkenntnis- und Theorieproblem“, en Karl H. Hörning y Julia Reuter (eds.), *Doing Culture – Neue Positionen zum Verhältnis von Kultur und sozialer Praxis*, Bielefeld, transcripción, 2004.

¹⁷ Lucas Haasis y Constantin Rieske, “Historische Praxeologie. Zur Einführung”, en Lucas Haasis y Constantin Rieske (eds.), *Historische Praxeologie. Dimensionen vergangener Handelns*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2015, p. 33.

¹⁸ Stefan Hirschauer, op. cit., p. 51, citas trad. por JH.

¹⁹ Sven Reichardt, op. cit., p. 141.

²⁰ Michael Wildt, *Volksgemeinschaft als Selbstermächtigung: Gewalt gegen Juden in der deutschen Provinz 1919 bis 1939*, Hamburg, Hamburger Edition, 2007; Frank Bajohr y Michael Wildt (eds.), *Volksgemeinschaft: neue Forschungen zur Gesellschaft des Nationalsozialismus*, Frankfurt a. M., S. Fischer, 2012.

como la paliza y la tortura, entendidas como conocimientos ya existentes “en el mundo real,” de los cuales los individuos se apropian²¹.

Cabe destacar dos aspectos adicionales. En primer lugar, la importancia atribuida a los artefactos. Estos no solo se crean, utilizan y manipulan en el mundo material, sino que también pueden orientar e incluso forzar determinadas acciones²². En segundo lugar, tanto las rutinas (formadas conscientemente) como los hábitos (apropiaciones no planificadas) son cuestiones de relevancia en la teoría de la práctica²³. Estas nunca se describen como inmutables, sino más bien como susceptibles de modificación a través de procesos como la apropiación, la interpretación y la resolución de problemas²⁴. Las variaciones son necesarias no solo porque las rutinas y los hábitos se apropian de manera individual, sino también porque las relaciones sociales y materiales son intrínsecamente complejas²⁵. En definitiva, un enfoque teórico-práctico de la violencia colectiva posibilita una investigación comparativa de prácticas de diversas formas y magnitudes (por ejemplo, tortura, campos de concentración, guerra) y su transmisión a lo largo de los siglos, es decir, tanto su apropiación histórica como su actualización en casos específicos.

Por ello, la investigación empírica interesada en las prácticas de violencia debe procurar explorar una diversidad de entornos culturales tan vasta como sea posible, tanto desde una perspectiva histórica como regional. Dado que las diferencias entre estos entornos podrían hacer que las comparaciones parezcan arbitrarias, resulta esencial una rigurosa contextualización de las prácticas en cuestión. Propongo, por lo tanto, investigar *las prácticas de control y coerción* en el contexto de la violencia colectiva.

Las prácticas no solo cambian o desaparecen, sino que, antes que nada, deben desarrollarse. Estos procesos pueden entenderse mejor desde una perspectiva histórica. La génesis, diferenciación y desaparición de las prácticas son análogas a las de las especies en la teoría de la evolución, donde la naturaleza está en constante cambio. Algunas mutaciones resultan más útiles que otras. Aquellos animales o plantas que desarrollan variaciones bien adaptadas a las condiciones ambientales tienen mayores probabilidades de sobrevivir y, con ellos, sus genes mutados no solo prevalecerán, sino que se convertirán en dominantes en un entorno específico. De la misma manera, las prácticas surgen como resultado de reacciones o acciones creativas vinculadas a una necesidad (comunicación, control, sexo/diversión, etc.) dentro de un entorno social y físico concreto. Una práctica se consolida cuando deja de depender de la voluntad y la intención de los individuos, transformándose en un conocimiento o en una opción con la que se interactúa de diversas maneras. Solo desaparecerá cuando deje de atraer a los

²¹ Theodore R. Schatzki, *Social Practices: A Wittgensteinian Approach to Human Activity and the Social*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p. 106.

²² Bruno Latour, „Technik ist stabilisierte Gesellschaft“, en Andréa Belliger y David J. Krieger (eds.), *ANThology: ein einführendes Handbuch zur Akteur-Netzwerk-Theorie*, Bielefeld, transcripción, 2006.

²³ Gregor Bongaerts, op. cit., p. 256.

²⁴ Melanie Jaeger-Erben, *Zwischen Routine, Reflektion und Transformation – die Veränderung von alltäglichem Konsum durch Lebensereignisse und die Rolle von Nachhaltigkeit* [Ph. D], Berlin, DepositOnce Technische Universität Berlin, 2010, p. 260.

²⁵ Andreas Reckwitz, op. cit., 2003, p. 294.

seres humanos por diversas razones. Algunas prácticas podrían perder relevancia para las nuevas generaciones (como vestir ropa elegante los domingos) si no son reemplazadas por otras más funcionales (como el uso de redes sociales en lugar de la escritura de cartas)

Por último, la praxeología se debate en un número creciente de disciplinas y campos. Sin embargo, incluso dentro de una disciplina específica, como la sociología, la praxeología no se conceptualiza como una narrativa herméticamente cerrada²⁶. No existe una teoría única de la praxis, sino una multiplicidad de enfoques teóricos y empíricos. Lo que se presenta aquí representa, por tanto, solo una fracción de lo que este enfoque de investigación tiene para ofrecer.

Las prácticas en el contexto de la investigación sobre la violencia: una breve visión general

Las prácticas constituyen opciones para la acción, y más aún, representan llamadas a la acción. Casarse²⁷ o escribir cartas²⁸ son ejemplos de prácticas que ilustran este concepto. Las personas escriben (o escribían) cartas porque dicha habilidad forma (o formaba) parte de un contexto que guiaba sus acciones. Este contexto abarca elementos como el envío de cartas por correo, los buzones donde se depositan, los sellos y artículos de papelería, la lectura (en voz alta), y la capacidad de leer y escribir. En este sentido, lo que falta ahora es que los individuos asuman estas prácticas, las apropien a nivel personal y desarrollen un estilo propio. Es en este punto donde la intencionalidad individual encuentra su lugar; los individuos deciden cómo escribir una carta o cómo celebrar su boda de manera específica. Sin embargo, estos ejemplos también evidencian la propensión al cambio y la incoherencia de algunas prácticas a largo plazo. En el caso de las cartas, aunque estas no desaparecerán del todo, es probable que su número se reduzca. Las innovaciones técnicas han dado lugar a nuevas formas de comunicación escrita que solo se consolidan como nuevas prácticas tras ser experimentadas, rechazadas, aceptadas y apropiadas, y cuya existencia y funcionamiento tienen consecuencias. Así, cuanto más se acercan las formas de escritura a la oralidad –ya sea mediante cartas, correos electrónicos o mensajería instantánea–, más señales emocionalmente relevantes (me perciben, me quieren, etc.) se producen, con las correspondientes repercusiones para las interacciones sociales.

Como se ha mencionado, la investigación sobre la violencia rara vez ha abordado las prácticas desde esta perspectiva. Aunque el término comenzó a aparecer en textos sociológicos influyentes en la década de 1990, como los de Trutz von Trotha, quien, citando a Wolfgang Sofsky, abogó por una investigación detallada de las prácticas de violencia²⁹, Sofsky en realidad se centraba más en las actuaciones, como en el análisis

²⁶ Frank Hillebrandt, *Soziologische Praxistheorien. Eine Einführung*, Wiesbaden, Springer VS, 2014, p. 117.

²⁷ Hilmar Schäfer, „Einleitung. Grundlagen, Rezeption und Forschungsperspektiven der Praxistheorie“, en Hilmar Schäfer (ed.), *Praxistheorie: ein soziologisches Forschungsprogramm*, Bielefeld, transcripción, 2016, p. 12.

²⁸ Lucas Haasis y Constantin Rieske, op. cit., pp. 7–12.

²⁹ Trutz von Trotha, op. cit., p. 20.

de casos históricos de infanticidios³⁰. Estos enfoques no consideran las prácticas de apropiación o transmisión, tal como se ha señalado anteriormente. Fuera del ámbito germanoparlante, el sociólogo Daniel Feierstein describe el genocidio como una práctica social, entendiéndolo, como sugiere el título, como una práctica de reorganización social forzada³¹.

En su investigación sobre los grupos fascistas en Italia y Alemania durante las décadas de 1920-1940, Sven Reichardt, quien también proporciona una base teórica crucial³², se centra en la producción performativa de una comunidad a través de actos compartidos de violencia cometidos contra otros³³. Asimismo, Pietro Castelli Gattinara y Caterina Froio identifican un mecanismo similar en organizaciones de la extrema derecha italiana actual, aunque en este caso, las prácticas están dirigidas hacia el grupo interno. Describen ejercicios colectivos de artes marciales, una especie de baile pogo, y golpes mutuos con cinturones de cuero³⁴.

En su libro sobre las mujeres guardianas en los campos de concentración, Elissa Mailänder Koslov analiza *la violencia como una práctica social*. Se interesa por las funciones de los insultos, las bofetadas y las patadas como medios para ejercer poder y, lo que es fundamental, para facilitar la comunicación, aunque no las etiqueta ni conceptualiza como prácticas en el sentido desarrollado en el presente artículo³⁵. Marc Buggeln, en su estudio sobre los subcampos de Neuengamme, investigó las “prácticas de trabajo de los presos [...] prácticas de vigilancia de sus supervisores [...] prácticas de violencia de los perpetradores [y] prácticas y procesos de formación de comunidades”³⁶. Una de las prácticas investigadas en este contexto es la flagelación, que Buggeln remonta a la antigüedad. Sin embargo, la cuestión de cómo se mantiene una práctica de este tipo, cómo se transmite, sigue sin respuesta³⁷. No obstante, en ambos estudios, las prácticas no son el foco central de interés. Aparecen como un elemento explicativo, un enfoque heurístico, mientras que un enfoque teórico robusto sobre la investigación de la violencia debería centrarse en investigar las prácticas de control y coerción, su transmisión y apropiación de manera sistemática y comparativa dentro del contexto cultural. En nuestro manual editado sobre la violencia, Michaela Christ y yo hemos

³⁰ Wolfgang Sofsky, *Traktat über die Gewalt*, Frankfurt am Main, S. Fischer, 2001, p. 49.

³¹ Daniel Feierstein, *El genocidio como práctica social: entre el nazismo y la experiencia argentina: hacia un análisis del aniquilamiento como reorganizador de las relaciones sociales*, Ciudad de Buenos Aires, Fondo de Cultura, 2007.

³² Sven Reichardt, op. cit., 2007.

³³ Sven Reichardt, op. cit., 2004, pp. 129-53.

³⁴ Pietro Castelli Gattinara y Caterina Froio, “Discourse and Practice of Violence in the Italian Extreme Right: Frames, Symbols, and Identity-Building in Casa Pound Italia”, in *International Journal of Conflict and Violence*, 8, 1, 2014, pp. 166-7.

³⁵ Elissa Mailänder Koslov, *Gewalt im Dienstalltag: die SS-Aufseherinnen des Konzentrations- und Vernichtungslagers Majdanek*, Hamburg, Hamburger Edition, 2009, pp. 411-24.

³⁶ Marc Buggeln, op. cit., p. 19.

³⁷ *Ibid.*; *Ibid.*, pp. 355-6.

dedicado un capítulo con 13 entradas sobre prácticas como asesinatos, desapariciones forzadas, ejecuciones, o simplemente una bofetada³⁸.

Los ejemplos analizados demuestran la existencia de prácticas con diversos alcances. El término ‘alcance’ se refiere tanto al número y la frecuencia como a la complejidad de las instancias que conforman una práctica. Dichas instancias incluyen tanto artefactos, como la papelería, el buzón o el tornillo de mariposa, como también prácticas, tales como la lectura o los golpes, que existen más allá de la práctica específica en estudio. Por ende, nos enfrentamos tanto a prácticas de mayor envergadura, como la esclavitud y la tortura, como a otras de menor escala, tales como la utilización de prisioneros privilegiados como medio de control en el contexto de la esclavitud, aunque también aplicable en otros escenarios, como los campos de concentración alemanes.

Ejemplos como el matrimonio y la escritura de cartas ya sugieren, pues, que la literatura académica examina prácticas de variada envergadura y complejidad, tales como la censura, el archivo y la negociación³⁹. En relación con la violencia colectiva, Marian Füssel señala brevemente, tomando como ejemplo las batallas, que estas comprenden una serie de prácticas (despliegue, cantos, planificación, saqueos). Sin embargo, no considera la batalla en sí misma como una práctica⁴⁰. Por otro lado, Theodore Schatzki ha desarrollado un vocabulario que permite diferenciar los ámbitos de las prácticas. Según Schatzki, “[l]as prácticas también varían en complejidad, desde pares de prácticas y disposiciones (por ejemplo, un ritual concreto en una oficina concreta) hasta compuestos de múltiples prácticas y disposiciones (por ejemplo, una empresa), pasando por compuestos vinculados de prácticas y disposiciones, que [él] denomina ‘constelaciones’ (por ejemplo, una economía)”⁴¹.

Dado que estos términos no son rígidos, propongo referirse a las prácticas en función de su tamaño o complejidad. En este sentido, Frank Hillebrandt sugiere una lógica de diferenciación mediante el empleo de distintos términos, y distingue entre ‘prácticas como acontecimientos individuales’, ‘tipos de prácticas como prácticas individuales vinculadas a formas de práctica’, y ‘formaciones de prácticas como una colección de diferentes elementos materiales y discursivos’⁴². Con frecuencia, las prácticas de menor escala (como la flagelación, el uso de prisioneros privilegiados o la tortura) confluyen en prácticas de mayor envergadura (como la esclavitud). Aunque existe un conocimiento general sobre las grandes prácticas —por ejemplo, para librar batallas o explotar a personas de manera aparentemente natural—, es solo la suma de prácticas individuales

³⁸ Britta Bannenberg, Sven Felix Kellerhoff, Steffen K. Herrmann, Dietmar Süß, Reinhold Göring, Jürgen Martschukat et al., “Praktiken der Gewalt”, en Christian Gudehus y Michaela Christ (eds.), *Gewalt. Ein interdisziplinäres Handbuch*, Stuttgart, J.B.Metzler, 2013.

³⁹ Arndt Brendecke (ed.), *Praktiken der Frühen Neuzeit: Akteure, Handlungen, Artefakte*, Köln, Weimar, Wien, Böhlau Verlag, 2015.

⁴⁰ Marian Füssel, „Praxeologische Perspektiven in der Frühneuezeitforschung“, en Arndt Brendecke (ed.), *Praktiken der Frühen Neuzeit: Akteure, Handlungen, Artefakte*, Köln, Weimar, Wien, Böhlau Verlag, 2015, pp. 32-3.

⁴¹ Theodore R. Schatzki, “Practice theory as flat ontology”, en Gert Spaargaren, Don Weenink, y Machiel Lamers (eds.), *Practice Theory and Research. Exploring the Dynamics of Social Life*, Londres y Nueva York, Routledge, 2016, p. 32.

⁴² Frank Hillebrandt, “Vergangene Praktiken. Wege zu ihrer Identifikation“, en Arndt Brendecke (ed.), *Praktiken der Frühen Neuzeit: Akteure, Handlungen, Artefakte*, Köln, Weimar, Wien, Böhlau Verlag, 2015, p. 40, citas trad. por JH.

lo que hace posibles tales fenómenos, si no es que, de hecho, los constituye como grandes prácticas (constelación según Schatzki, y 'Praxisformation' según Hillebrandt, que podría traducirse como 'formación de prácticas'). Los enfoques teóricos de la práctica, siguiendo esta línea de pensamiento, rechazan explícitamente la lógica micro-macro promovida en muchas disciplinas (y considerada relevante para la investigación sobre la violencia), ya que todo fenómeno puede ser rastreado hasta un conjunto de prácticas⁴³.

Siguiendo el concepto de *lugares sociales* de Schatzki, propongo investigar los lugares físicos como configuraciones de prácticas. Schatzki describe los lugares sociales como una red de órdenes (formada por seres humanos, artefactos y cosas) y prácticas⁴⁴. Esto es aplicable, por ejemplo, a los campos (en especial, aunque no exclusivamente, a los campos de concentración) cuyo propósito (no el único, pero sí el relevante en este caso) es el control forzoso de los internos, su coacción para realizar actividades específicas, y su eventual asesinato.

El argumento de que la violencia puede investigarse mediante enfoques diseñados para el estudio de la acción o, en términos más generales, para las prácticas, no debería obviar el reconocimiento de las posibles características distintivas de las prácticas violentas. Lo que sí habría que preguntar es si estas características son exclusivas de dichas prácticas y, por ende, requieren una consideración teórica especial. Las prácticas de violencia difieren en varios aspectos de otras prácticas que han sido objeto de estudio hasta el momento. Sin embargo, en función de la práctica violenta específica bajo investigación, estas diferencias pueden ser más o menos pronunciadas. Asimismo, presentan variaciones según la región y, de manera crucial, en términos temporales e históricos. A continuación, se exponen tres ejemplos que destacan estas diferencias.

1. Muchas prácticas de violencia no forman parte de lo que se suele considerar normal o habitual en la actualidad. Desde una perspectiva histórica, la violencia ha sido desnormalizada en numerosas sociedades⁴⁵. Esto implica que, por un lado, es vista como una desviación y, por otro, se delega a especialistas, como verdugos, soldados o policías.
2. Las prácticas de violencia, al menos algunas, se caracterizan por una imposición férrea que solo es posible eludir hasta cierto punto, aunque el costo de dicha evitación puede variar considerablemente. En los campos de los Jemeres Rojos, el más mínimo desvío de las instrucciones de los guardias ponía en peligro la vida.⁴⁶ En contraste, en los campos de concentración y exterminio del nacionalsocialismo, existían muchas más opciones, incluso la posibilidad de eludir por completo ciertas obligaciones. Michael Mann menciona casos en los que personas se negaron a

⁴³ Theodore R. Schatzki, op. cit., 2016, pp. 33-4.

⁴⁴ Theodore R. Schatzki, *The Site of the Social: A Philosophical Account of the Constitution of Social Life and Change*, University Park, Pennsylvania State University Press, 2002, p. XI.

⁴⁵ Jan Philipp Reemtsma, *Vertrauen und Gewalt: Versuch über eine besondere Konstellation der Moderne*, Hamburg, Hamburger Edition, 2008.

⁴⁶ Daniel Bultmann, *Kambodscha unter den Roten Khmer: die Erschaffung des perfekten Sozialisten*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 2017, pp. 116-7, p. 141.

participar en las matanzas sin enfrentar consecuencias graves⁴⁷. Sin embargo, un número indeterminado de perpetradores sentían que debían obedecer órdenes injustas para evitar castigos severos, como lo señaló el Obersturmführer (primer teniente de las SS) Albert Hartel⁴⁸. No obstante, la presión era mucho menor que en los casos de Camboya o Ruanda.

3. Algunas prácticas de violencia no se manifiestan de manera continua, sino que solo se encuentran en intervalos espaciales y temporales considerables. Esto se aplica, por ejemplo, a la tortura en general o a ciertas formas específicas de tortura. Estas diferencias —la práctica como caso excepcional, la participación forzada, la ejecución discontinua— también contribuyen a ampliar el concepto de práctica y su aplicabilidad teórica.

Las dos penúltimas dimensiones del enfoque presentado en este documento se refieren a los niveles previamente introducidos para la comparación de prácticas: tiempo y espacio. Como señala Theodore Schatzki, “Las prácticas, los acuerdos y los conjuntos se extienden a lo largo del tiempo y del espacio objetivos”⁴⁹. Por ejemplo, el matrimonio ha sido y será una práctica común en casi todas las culturas y épocas. Casarse, por lo tanto, es una práctica que trasciende el tiempo y las regiones, manifestándose de maneras diversas. Aunque, afortunadamente, no tan frecuente, la esclavitud y la tortura (junto con otras prácticas violentas como el terror, las batallas y los campos de concentración) también se han llevado a cabo en diferentes momentos y lugares a lo largo de muchas culturas. Desde una perspectiva metodológica, para investigar prácticas de distintas magnitudes, como la esclavitud y la tortura, es necesario analizar tanto los aspectos locales y específicos de cada caso como los elementos supratemporales y suprarregionales que caracterizan dichas prácticas⁵⁰. Según Schatzki, los elementos clave en este tipo de análisis incluyen “actividades, entidades, reglas, comprensiones y teleologías”⁵¹. Además, es crucial examinar los objetivos específicos de cada práctica, como en el caso de un tipo particular de tortura. Esta evaluación es esencial para comparar prácticas similares en diferentes contextos históricos y geográficos.

Las prácticas median en las relaciones sociales y es difícil imaginar una práctica que no influya en ellas. Por ejemplo, el matrimonio puede conllevar cambios en el estatus y las funciones de un individuo que van más allá de la pareja casada. Escribir cartas puede iniciar, mantener, alterar o terminar relaciones. Las batallas provocan muertes, heridas, pérdidas, sufrimientos, reconocimiento, ganancias materiales, entre otros efectos, con la posibilidad de generar cambios profundos. Finalmente, la esclavitud es una relación social intrínsecamente regulada por la violencia. Por lo tanto, el análisis de las prácticas está estrechamente vinculado al estudio de las relaciones sociales.

⁴⁷ Michael Mann, *The dark side of democracy: explaining ethnic cleansing*, New York, Cambridge University Press, 2005, pp. 68-9.

⁴⁸ Ernst Klee, Willi Dressen, y Volker Riess (eds.), *"Schöne Zeiten": Judenmord aus der Sicht der Täter und Gaffer*, Frankfurt am Main, S. Fischer, 1988, pp. 85-6.

⁴⁹ Theodore R. Schatzki, op. cit., 2016, p. 32.

⁵⁰ Ibid., p. 33.

⁵¹ Ibid., p. 33-4.

Metodología

Se han propuesto diversas metodologías y existen numerosos estudios ejemplares sobre las prácticas. Sin embargo, no puede decirse que haya un conjunto de métodos plenamente consolidado. De hecho, se debate incluso si la teoría de las prácticas requiere métodos específicos⁵². Desde una perspectiva pragmática, es el objeto de investigación el que determina cuál es el método más adecuado. Una práctica concreta no es algo observable de manera directa; más bien, los investigadores conceptualizan ciertas acciones como prácticas al cumplir con determinados criterios. Casarse, escribir cartas y torturar se consideran como prácticas porque:

- trascienden la intencionalidad individual,
- constituyen un tipo de conocimiento (una competencia) para realizar algo intencionalmente,
- aunque varían, poseen un núcleo común reconocible por su carácter social, es decir, por su capacidad de organizar relaciones entre agentes, entre otros aspectos.

En el caso de las prácticas de violencia, estas se identifican como tales antes de la investigación, de modo que el siguiente paso es encontrar, describir y, eventualmente, analizar ejemplos de su ejecución más o menos competente. Y, aunque pueda resultar sorprendente, la práctica no solo se almacena, sino que debe ser verificada en su ejecución, como sostiene Stefan Hirschauer: “Si el comportamiento competente se coloca en el centro del análisis, como proponen las teorías de la práctica, el conocimiento *se distribuye* entre los cuerpos que lo poseen, los comentaristas inteligentes, los documentos informativos y las máquinas inteligentes”⁵³.

Esto cobra relevancia en la medida en que la investigación sobre la violencia se ve severamente limitada por razones éticas y prácticas. En la mayoría de los casos, falta un método esencial: la observación, y en especial la observación participante, que mantiene una afinidad electiva con la investigación etnográfica⁵⁴. Así, el análisis de objetos, edificios, instrucciones y descripciones de todo tipo de acciones realizadas por los agentes adquiere una mayor relevancia. La posibilidad de utilizar datos autogenerados para una investigación comparativa de prácticas con un amplio alcance temporal y espacial es muy limitada. En consecuencia, el material que ya constituye la base de la investigación histórica sobre la violencia también debe arrojar luz sobre las prácticas, aunque las interpretaciones de los agentes, las justificaciones, las

⁵² Pro: Hilmar Schäfer, “The transitive methodology of practice theory”, en *Practice Theory Methodologies* [Blog], 2016. Disponible en línea en: <https://practicetheorymethodologies.wordpress.com/2016/02/22/hilmar-schafer-the-transitive-methodology-of-practice-theory/>, último acceso: 12/03/2021; Contra: Elizabeth Shove, “Practice theory methodologies do not exist”, en *Practice Theory Methodologies* [Blog], 2017. Disponible en línea en: <https://practicetheorymethodologies.wordpress.com/2017/02/15/elizabeth-shove-practice-theory-methodologies-do-not-exist/>, último acceso: 12/03/2021.

⁵³ Stefan Hirschauer, “Körper macht Wissen – Für eine Somatisierung des Wissensbegriffs”, en Karl-Siegbert Rehberg (ed.), *Die Natur der Gesellschaft. Verhandlungen des 33. Kongresses der Deutschen Gesellschaft für Soziologie in Kassel 2006*, 2nd ed., Frankfurt am Main, New York, Campus, 2008, p. 978, cita trad. por JH.

⁵⁴ Tobias Röhl, „Unterrichten. Praxistheoretische Dezentrierungen eines alltäglichen Geschehens“, en Hilmar Schäfer (ed.), *Praxistheorie: ein soziologisches Forschungsprogramm*, Bielefeld, transcripción, 2016, p. 337.

construcciones explícitas de significado, las explicaciones de las acciones, entre otros, sean de menor interés. Se pone el foco en las constelaciones humano-objeto⁵⁵ y en cómo los objetos y los lugares inspiran o guían las prácticas, cómo se apropian, modifican (manipulan físicamente) y sustituyen por otros según sea necesario. Se analiza cómo se intenta llevar a cabo algo: ¿Es posible escribir en una servilleta? ¿Se pueden producir descargas eléctricas con un teléfono de campo? Si es así, este puede convertirse en un artefacto en el contexto de las prácticas de tortura⁵⁶. El marco de estas actividades, que son en efecto creativas, está determinado por las prácticas respectivas y los fines explícitos.

Por otro lado, la identificación de los conocimientos implicados trasciende la mera manipulación. Por ejemplo, es crucial reconocer que otorgar privilegios a ciertos reclusos los motiva a convertirse en colaboradores altamente efectivos en el control de los no privilegiados, al mismo tiempo que impulsa a estos últimos a aspirar a convertirse en los primeros. De este modo, las prácticas se imponen sobre las acciones individuales. Ahora bien, uno de los desafíos más exigentes es documentar cómo se almacenan estos conocimientos: cuando una práctica específica no se ejecuta durante un tiempo, puede parecer que ha desaparecido. El objetivo principal de un programa de investigación sobre las prácticas de la violencia sería comparar culturas a lo largo del tiempo y el espacio, analizando cómo se generan, existen, se apropian y, en algunos casos, se (auto)excluyen dichas prácticas. Así, se podría evaluar si este enfoque puede desarrollar una capacidad explicativa propia, especialmente en la explicación de la omnipresencia histórica y regional de las prácticas de violencia.

Determinar si una práctica de violencia es realmente una nueva apropiación, una actualización, o una creación original no siempre es sencillo. Incluso desde un punto de vista teórico, esta cuestión es difícil de resolver, ya que requiere definir cuándo una práctica puede considerarse novedosa o reinventada. ¿Es así cuando no se han transmitido ciertos procesos específicos? ¿O solo cuando no se encuentra evidencia de un conocimiento compartido, como la idea de que provocar dolor puede ser un mecanismo de control? Aunque se pueda abordar esta pregunta desde un enfoque pragmático, a menudo será difícil afirmar con absoluta certeza qué *conocimientos* circularon en qué momento y de qué manera. Esta podría ser una de las razones por las que, hasta ahora, solo se han realizado comparaciones válidas para el siglo XX, como en el caso de las prácticas de tortura.

Otro argumento a considerar es que la investigación sobre la violencia centrada en las prácticas no podrá, por sí sola, explicar exhaustivamente fenómenos complejos. Así, la esclavitud atlántica solo podría comprenderse en su contexto de transformación de objetos, personas y relaciones sociales en mercancías. Sin embargo, desde la perspectiva de la teoría de las prácticas, se podría argumentar que estos procesos también se componen de una multitud de prácticas que mantienen una plasticidad

⁵⁵ Herbert Kalthoff, „Die Darstellung der Ökonomie. Überlegungen zu einer empirischen Theorie der Praxis“, en Hilmar Schäfer (ed.), *Praxistheorie: ein soziologisches Forschungsprogramm*, Bielefeld, transcripción, 2016, p. 236.

⁵⁶ Darius Rejali, D., *Torture and Democracy*, Princeton, Princeton University Press, 2007, p.197-8.

constante. En consecuencia, es necesario tomar una decisión fundamental sobre cómo debe abordarse la investigación exhaustiva sobre las prácticas de violencia: o bien enfocándose en la violencia, que en consecuencia debe definirse con mayor precisión, o bien centrando la investigación en fenómenos más amplios, como las diversas formas de esclavitud.

Dada la complejidad de la segunda opción y la escasez de estudios empíricos preliminares, parece prudente, por el momento, limitarse a la primera. Siguiendo este camino, un objetivo a mediano plazo podría ser el desarrollo de una antropología histórica de las prácticas de violencia, cuyo propósito sería generalizar los hallazgos de la investigación sobre prácticas específicas.

Para ilustrar este enfoque, utilizaré un ejemplo ya mencionado, la esclavitud, con el fin de proporcionar algunas indicaciones iniciales sobre el potencial que puede tener el análisis de las prácticas de violencia y sus posibles objetos de estudio.

Esclavitudes

Michael Zeuske utiliza el término en plural “esclavitudes” para referirse a las múltiples manifestaciones de este fenómeno. Emplea la metáfora de las ‘mesetas’ para ilustrar cómo estas formas de esclavitud no se reemplazan unas a otras a lo largo de la historia, sino que coexisten en distintos contextos. Zeuske identifica cinco de estas “mesetas”:

1. *Esclavitud sin institucionalización*: Se trata de un intercambio asimétrico en el que los más vulnerables obtienen protección a cambio de comprometerse con quienes les brindan seguridad. Ejemplos contemporáneos incluyen “el patriarcado, las relaciones sexuales forzadas, el concubinato y el trato a niños sin padres”⁵⁷.

2. *Esclavitud de parentesco y doméstica*: Zeuske la denomina “esclavitud en el contexto de grupos de parentesco y asentamiento”⁵⁸. Esta categoría se refiere a la aparición de una clase de personas con derechos limitados, sobre quienes terceros ejercen un control más intenso en comparación con otras personas involucradas en diversas formas de relaciones de dependencia. A medida que las comunidades crecen y se fortalecen, adquieren poder, conquistan y toman prisioneros a quienes pasan a ocupar este estatus inferior. La violencia derivada del cautiverio y el control adquiere una importancia creciente, superando incluso la violencia estructural, es decir, la desigualdad social institucionalizada. En este contexto, las personas son heridas, atadas, asesinadas, golpeadas, entre otras formas de maltrato.

3. *Esclavitud económica y de plantación*: El caso paradigmático es la esclavitud atlántica, caracterizada por la explotación masiva de mano de obra africana dentro de una economía marítima interconectada⁵⁹.

⁵⁷ Michael Zeuske, „Globale Sklavereien. Geschichte und Gegenwart“, en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, 65, 50–51, 2015a, p. 7.

⁵⁸ Michael Zeuske, *Sklaverei. Eine Menschheitsgeschichte von der Steinzeit bis heute*, Ditzingen, Reclam, 2018, p. 47.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 79-96.

4. *Esclavitud de lazo y segundas esclavitudes*: Esta meseta, al igual que las siguientes, es mucho más difícil de delimitar en comparación con las tres primeras. Comprende diversas continuaciones de la esclavitud, oficialmente abolida, así como otras formas de trabajo forzado y restricciones a la movilidad social. Ejemplos de esta categoría incluyen a los criados y los coolies⁶⁰.

5. *Esclavitud y trabajos forzados en campos de trabajo estatales*⁶¹: Esta forma de esclavitud se desarrolla a partir del siglo XX y trasciende los casos más conocidos, como el nazismo y el Gulag⁶².

Finalmente, Zeuske también identifica diversos tipos de esclavitud moderna que contienen elementos de las mesetas mencionadas, tales como la esclavitud por deudas, la explotación infantil, la prostitución forzada, el matrimonio forzado, la esclavitud de culto y ritual, y el trabajo forzado en los denominados “talleres de explotación”⁶³. por ejemplo, en el contexto de la producción textil. Esta sistematización ilustra hasta qué punto la esclavitud ha sido un componente fundamental de la historia de la socialidad humana, así como de la violencia. Sin embargo, a diferencia de otras formas de violencia, como la guerra, la captura y comercio de esclavos, así como sus condiciones de vida ⁶⁴ han ocupado un lugar marginal en la investigación sobre la violencia. Aunque la violencia en la esclavitud se subraya y documenta repetidamente en estudios especializados, principalmente en historia y estudios regionales, aún faltan enfoques que aprovechen los amplios conocimientos y métodos de la investigación interdisciplinaria sobre la violencia para analizar y contextualizar esta forma específica de violencia. Como resultado, no existe un análisis teórico-práctico exhaustivo de las prácticas constitutivas de la esclavitud.

La violencia en la investigación sobre la esclavitud⁶⁵

Muchas definiciones clásicas y actuales de la esclavitud dan cuenta de la violencia explícita o implícitamente al referirse a fuentes centrales de esclavos como la guerra (en muchos casos los cautivos se convertían en esclavos) o el secuestro (con el único propósito de esclavizar)⁶⁶. Independientemente de su definición teórica, es evidente el

⁶⁰ Ibid., pp. 96-119.

⁶¹ Ibid., pp. 120-131.

⁶² Marcel M. van der Linden y Magaly Rodríguez García (eds.), *On Coerced Labor. Work and Compulsion after Chattel Slavery*, Berlin, Brill, 2016.

⁶³ Michael Zeuske, op. cit., 2018, pp. 131-140.

⁶⁴ Michael Zeuske, *Sklavenhändler, Negereros und Atlantikkreolen. Eine Weltgeschichte des Sklavenhandels im atlantischen Raum*, Berlin, De Gruyter Oldenbourg, 2015b, p. 7, p. 12.

⁶⁵ Me refiero aquí exclusivamente a la literatura disponible en alemán o inglés y, debido a la falta de conocimientos lingüísticos, tengo que omitir la rica investigación en español y portugués en particular. El recientemente publicado compendio Paulin Ismard, Benedetta Rossi, y Cecile Vidal, eds, *Les Modes de L'esclavage. Une Histoire Comparée*, Seuil, 2021.

⁶⁶ Orlando Patterson, *Slavery and Social Death. A Comparative Study*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1982; Paul E. Lovejoy, *Transformations in Slavery. A History of Slavery in Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, p. 3; Robert W. Harms, *Games Against Nature. An Eco-Cultural History of the Nunu of Equatorial Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 20; Egon Flaig, *Weltgeschichte der Sklaverei*, 2nd ed., München, Beck, 2011, p. 22; Michael Zeuske, *Handbuch Geschichte der Sklaverei. Eine Globalgeschichte von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Berlin, Walter de Gruyter, 2013, p. 22.

papel de la violencia en el contexto de la esclavitud, el comercio y el transporte de prisioneros y, en última instancia, su explotación. La violencia física otorga el poder de controlar el destino de las personas, restringiendo su libertad de movimiento, sus actividades y su capacidad de autoorganización social (como la elección de sus interlocutores)⁶⁷ ⁶⁸. La transformación de prisioneros en esclavos también ocurre mediante la violencia y afecta la constitución psicológica de los individuos. Sin embargo, definir la esclavitud es complicado porque estos aspectos varían ampliamente entre las diferentes formas de esclavitud y también pueden aparecer en relaciones sociales que no se consideran esclavitud. Este problema no puede resolverse de manera definitiva, sino solo a través de argumentos específicos para cada caso.

La violencia se describe en la literatura y las fuentes principalmente en términos de las acciones físicas y los eventos materiales, así como en cómo se llevan a cabo. Se presta gran atención al sufrimiento resultante; el carácter injusto de todas las formas de esclavitud es indiscutible en la literatura de investigación. No obstante, predomina un retrato muy diferenciado de todos los actores implicados, incluidos los que capturan, transportan, violan, golpean y asesinan. En el contexto de la esclavitud atlántica, por ejemplo, se reconocen detalladamente los enormes riesgos que corrían las tripulaciones de los barcos europeos, que no sólo practicaban la violencia, sino que también estaban expuestas a ella.⁶⁹ Tal visión ya contiene o insinúa varias explicaciones para una violencia que parece extrema, especialmente desde la perspectiva actual.

1. La violencia parece *necesaria para controlar* a un grupo de prisioneros numéricamente superior⁷⁰. En consecuencia, surgen prácticas como la contención, la intimidación, la disuasión, la recopilación de información y el control indirecto (por ejemplo, a través de informantes o prisioneros privilegiados), entre otras, las cuales pueden rastrearse en múltiples contextos de esclavitud.

2. En cuanto a los denominados perpetradores, es cierto que la violencia se aprende, e incluso se debe aprender, para esclavizar con éxito⁷¹. En principio, las personas—con la excepción de los sociópatas, quienes cumplen un rol significativo en contextos de

⁶⁷ Emma Christopher, *Slave Ship Sailors and Their Captive Cargoes, 1730–1807*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, p. 77.

⁶⁸ Por supuesto, existen posibilidades de esclavitud que no se basan directamente en la violencia física, por ejemplo, en el caso del nacimiento como esclavo, la esclavitud por deudas o la esclavitud como castigo. Sin embargo, estas formas no son en absoluto fundamentalmente no violentas. También hay una serie de incentivos positivos conocidos para cumplir las actividades exigidas por los propietarios, como beneficios o incluso la perspectiva de la libertad. Sin embargo, se trata simplemente de elementos adicionales; la violencia o la amenaza de violencia permanecen.

⁶⁹ *Ibid.*; Marcus Rediker, *The Slave Ship. A Human History*, New York City, Penguin Books, 2007; véase también William Butterworth, *Three Years Adventures of a Minor in England, Africa, the West-Indies, South Carolina, and Georgia*, Leeds, Edwards Baines, 1822; Spencer Childers (ed.), William Richardson (auth.), *A Mariner of England. An Account of the Career of William Richardson from Cabin Boy in the Merchant Service to Warrant Officer in the Royal Navy 1780–1817*, London, John Murray, 1908; y Thomas Clarkson, *The Substance of the Evidence of Sundry Persons on the Slave-Trade Collected in the Course of a Tour Made in the Autumn of the Year 1788*, London, James Phillips, 1789.

⁷⁰ Eric Robert Taylor, *If We Must Die. Shipboard Insurrections in the Era of the Atlantic Slave Trade*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2006, p. 16.

⁷¹ Marcus Rediker, *op. cit.*, pp. 220-221.

violencia extrema—no suelen estar naturalmente capacitadas para ejercer la violencia *de manera competente*⁷². Esto requiere una práctica constante (en ambos sentidos), la cual, por un lado, involucra aspectos puramente físicos, pero al mismo tiempo moldea la psicología de los individuos para facilitar su participación en actos de crueldad. Una vez adquirida esta competencia, la contención de la violencia se convierte en un problema del orden social y en un objeto de investigación. En todos los contextos de violencia, existen normas diversas para su regulación. Los soldados, los policías e incluso los artistas marciales aprenden a ejercer la violencia de manera competente y están autorizados para hacerlo. Al mismo tiempo, existen normas escritas e implícitas (transmitidas oralmente) que delimitan lo que está permitido y lo que no. Algunos ejemplos incluyen los acuerdos internacionales como los del derecho internacional humanitario, las llamadas *reglas de enfrentamiento* de las fuerzas armadas de EE.UU., así como diversas normativas (ya sean escritas o transmitidas a través de la práctica) en los deportes. En el contexto de la esclavitud, estas normas se originan, entre otras cosas, en la necesidad de control, que exige tanto rigor como violencia. Sin embargo, un exceso de violencia implica el riesgo de resistencia, lo cual pone en peligro el control⁷³. Existe un consenso generalizado en que la violencia es fundamental para el sistema de esclavitud, ya que esta no solo exige y posibilita la violencia, sino que también educa para su ejercicio.

3. Las fuentes y los estudios basados en ellas ofrecen amplias referencias al nivel de violencia ⁷⁴en las sociedades contemporáneas no directamente relacionado con la esclavitud; estas constituyen, por tanto, el *contexto* y horizonte comparativo para un análisis de las prácticas de violencia asociadas a la esclavitud⁷⁵. Esto se manifiesta con particular claridad en los casos atlánticos. Europa se caracterizaba por guerras, torturas, opresión violenta y desigualdad social extrema, que conferían a los gobernantes el derecho de ejercer violencia, como el derecho de los capitanes sobre sus tripulaciones. Este tipo de violencia persistió durante mucho tiempo antes de que Europa comenzara a alejarse de él. ⁷⁶ Al mismo tiempo, las regiones africanas afectadas entre los siglos XV y XIX también experimentaron formas de violencia extrema, como el asesinato de esclavos o incluso de familiares tras la muerte de un gobernante⁷⁷. En gran medida, la violencia no solo constituye un elemento central en las descripciones de la esclavitud, sino que se considera esencialmente una consecuencia y una necesidad inherente a la misma. Esto se hace especialmente evidente en los procesos altamente individualizados y generalizados de apropiación de las prácticas de violencia. Sin embargo, el

⁷² Randall Collins, op. cit., p. 39f.

⁷³ Robert W. Harms, *River of Wealth, River of Sorrow. The Central Zaire Basin in the Era of the Slave and Ivory Trade, 1500–1891*, New Haven, Yale University Press, 1981, p. 150; James Walvin, *The Trader, the Owner, the Slave*.

Parallel Lives in the Age of Slavery, London, Vintage, 2008, p. 114; Herbert S. Klein y Francisco Vidal Luna, *Slavery in Brazil*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 118.

⁷⁴ Michael Zeuske, op. cit., 2015b, p. 7.

⁷⁵ Nigel Tattersfield, *The Forgotten Trade. Comprising the Log of the Daniel and Henry of 1700 and Accounts of the Slave Trade from the Minor Ports of England. 1698–1725*, London, Cape, 1991, p. 145f.

⁷⁶ Jean-Frédéric Schaub, "Violence in the Atlantic. Sixteenth and Seventeenth Centuries", en Nicholas Canny y Philip Morgan (eds.), *The Oxford Handbook of the Atlantic World. 1450–1850*, Oxford, Oxford University Press, 2011.

⁷⁷ Adam Jones, *Afrika bis 1850*, Frankfurt a. M., S. Fischer, 2016, pp. 250-251.

conocimiento y la competencia (en el sentido práctico-teórico) de la violencia también pueden considerarse un requisito previo para la esclavitud.

Existen, ciertamente, algunas teorizaciones de la violencia descrita, particularmente en la obra de Michael Zeuske, quien acuñó el término “infraestructuras de la violencia.” Este concepto hace referencia al conjunto de instalaciones y formas de comportamiento a través de las cuales se ejercían la coerción y el control. Los ejemplos van desde las cadenas hasta edificios específicos para el control de prisioneros y el comercio, pasando por los barcos.⁷⁸ A su vez, las técnicas dispersas de control y el ejercicio de la violencia se relacionan de diferentes maneras con contextos más allá de la esclavitud. Por otro lado, no siempre es posible establecer una distinción clara entre las técnicas y las prácticas, siendo muchas veces una cuestión de matices. Como se mencionó anteriormente, las prácticas regulan las relaciones sociales, mientras que las técnicas son mucho más fragmentarias y no forzosamente sociales. Algunos ejemplos incluyen el control de una pelota en el deporte (técnica) frente a un deporte de pelota, o el uso de un instrumento de tortura (por ejemplo, un destornillador) frente a la tortura en sí. Por su parte, Marcus Rediker, en el contexto de la esclavitud, se refiere a los barcos negreros como una forma temprana de prisión masiva y describe a la tripulación como “guardianes de la prisión”⁷⁹.

Ahora bien, las técnicas de control se discuten repetidamente con referencia a diversas esclavitudes históricas, como el terror⁸⁰ o la prisión antes mencionada. Sin embargo, es notable la ausencia de referencias a investigaciones históricas, sociológicas o psicológicas sobre estas formas de violencia y control, aparte de comentarios aislados, muy breves y poco sistemáticos⁸¹. Al mismo tiempo, la literatura sobre la esclavitud ilustra y subraya que esta se caracteriza precisamente por tales técnicas de apropiación y control, las cuales pueden rastrearse en diferentes variaciones a lo largo de los milenios. Existen, por tanto, formas de organización de la acción que sirven para controlar a las personas mediante la fuerza, o mejor dicho, mediante el conocimiento de cómo aplicar la fuerza para un fin concreto, en este caso, la esclavitud. Estas formas se dan en distintos momentos y lugares, tanto en el contexto de la esclavitud como fuera de él. Resulta conceptualmente válido abordar este conocimiento desde la teoría de la práctica como algo incrustado en estas prácticas y estudiar sus manifestaciones en distintos lugares y momentos históricos. Examinar las prácticas—pequeñas (encadenamiento), medianas (terror) y grandes (esclavitud)—no implica declarar irrelevantes las especificidades históricas como los discursos de justificación o la

⁷⁸ Michael Zeuske, op. cit., 2015b, p. 9.

⁷⁹ Marcus Rediker, op. cit., p. 45, p. 60, p. 70.

⁸⁰ De forma literal en Egon Flaig, op. cit., pp. 29-30; Paul E. Lovejoy, op. cit., p. 75; Marcus Rediker, op. cit., pp. 39-40.; Michael Zeuske, op. cit., 2015b, p. 7, p. 169; de forma temática en Emma Christopher, op. cit., p. 101.

⁸¹ Véanse referencias en Emma Christopher, op. cit., p. 100; Robert C. Davis, *Christian Slaves, Muslim Masters. White Slavery in the Mediterranean, the Barbary Coast, and Italy, 1500-1800*, Londres, Palgrave Macmillan, 2007, p. 134; Nigel Tattersfield, op. cit., pp. 153-154; James Walvin, op. cit., p. 155.

evolución de la organización social y económica; simplemente, estos dejan de constituir el punto de partida y el enfoque central de nuestros estudios.

La esclavitud no se define únicamente por las prácticas asociadas a ella, sino por las relaciones sociales que estas prácticas crean. Los individuos sometidos a la esclavitud, independientemente del contexto específico de su sometimiento, pierden su autonomía espacial y social y se convierten en propiedad de otra persona. En efecto, las formas de esclavitud varían significativamente en términos de las prácticas implicadas. Por ejemplo, la esclavitud económica y de plantación involucra una serie de procedimientos distintivos que difieren notablemente de los de la esclavitud doméstica. Entre estas prácticas se incluyen la financiación de viajes transatlánticos entre Europa, África y América, la implementación de sistemas de seguros específicos, la imposición de prácticas náuticas como el control forzado de las tripulaciones, el comercio de personas y mercancías entre compradores europeos y vendedores africanos, y la gestión de un gran número de prisioneros durante períodos prolongados. Este último aspecto abarca la utilización de artefactos y técnicas tales como barcos, cadenas, látigos, mamparos, así como métodos de control como la delación inducida (mediante amenazas y privilegios), la destrucción de la solidaridad entre prisioneros (por ejemplo, mezclando grupos lingüísticamente diversos), la inmovilización con esposas de metal, y el uso de instrumentos de tortura como los *aplastapulgares* y el *speculum oris* para la alimentación forzada con el fin de prevenir suicidios por inanición. Esta lista, aunque incompleta, ilustra que:

1. Las distintas formas de esclavitud están constituidas por prácticas diversas;
2. Muchas de estas prácticas no son inherentemente violentas;
3. Las prácticas violentas no son exclusivas de la esclavitud, sino que también se emplean en contextos completamente distintos, como la alimentación forzada, el uso de esposas, la promoción de la delación, la utilización de prisioneros relativamente privilegiados y la tortura, por ejemplo, mediante el uso de *aplastapulgares*. Así, lo que caracteriza a la esclavitud es una constelación particular de prácticas.

Una enciclopedia de prácticas violentas

El estudio de la esclavitud, aunque todavía preliminar, da cuenta del futuro prometedor de una praxeología de la violencia y debería considerarse como un punto de partida para aproximar este campo con la investigación sobre violencia. El siguiente paso consiste en examinar otras prácticas de violencia signadas, sobre todo, por sus diferencias. En los últimos años, investigadores de la Universidad del Ruhr de Bochum (Alemania) y del University College de Maastricht (Países Bajos) han abordado esta tarea, eligiendo libremente sus enfoques de estudio. Las prácticas investigadas presentan una gran diversidad y se han clasificado provisionalmente en las siguientes categorías:

- Relaciones entre humanos y animales: Tenencia y adiestramiento de orcas, delfines y focas en parques de atracciones; sacrificio industrial masivo de animales; experimentación con animales; caza; adiestramiento de grandes felinos para espectáculos circenses; granjas peleteras.
- Violencia relacionada con grupos: Linchamientos; discursos de odio; experimentos médicos con humanos durante el régimen nacionalsocialista; maltrato (incluido el asesinato) de niños indígenas en internados canadienses; persecución de homosexuales en Chechenia.
- Prácticas de control y coacción: Interrogatorios policiales en Corea del Sur; guillotnamientos durante “La Terreur” en la Revolución Francesa; elaboración de perfiles raciales (en Alemania y Estados Unidos); uso de cañones de agua por la policía; Hisba (vigilancia de mandamientos religiosos, especialmente en Irán); tortura blanca.
- Prácticas de guerra y terror: Vandalismo cultural; uso de fósforo blanco; guerra de drones; tortura en la guerra de Argelia; prácticas médicas durante la tortura; tortura en Guantánamo.
- Violencia sexual y sexualizada: Violencia sexual en el contexto del genocidio ruandés; mutilación genital femenina en Irán; explotación sexual de mujeres coreanas por el ejército japonés.

Son posibles otras categorías y clasificaciones. Por ejemplo, algunas de estas investigaciones se centran en prácticas históricas, mientras que otras abordan prácticas religiosas. Además, estas investigaciones podrían agruparse según su enfoque en prácticas históricas, religiosas, tecnológicas, de consumo, entretenimiento o relacionadas con la conquista del poder y su consolidación, entre otros aspectos. Es precisamente esta variedad de prácticas, y por ende de enfoques metodológicos, lo que confiere a la obra su gran potencial y utilidad. En este punto, surge la pregunta fundamental: ¿es factible y productiva la investigación praxeológica de la violencia? Desde mi perspectiva, abordar la segunda cuestión requiere considerar intentos concretos de aplicación. Aunque diseñar un programa de investigación sólido que analice las prácticas de violencia es relativamente sencillo desde un enfoque teórico, su implementación enfrenta numerosos desafíos debido a la extrema diversidad de los objetos que pueden conceptualizarse como prácticas de violencia.